



Líderes de la izquierda en huelga de hambre en la Casona de San Marcos, 1978. (Foto: Carlos Domínguez)

Una generación para recordar

ABELARDO SÁNCHEZ LEÓN

Algunos muchachos de la clase media acomodada de Lima recorrieron, a partir de los años 1965-1970, dos caminos y evitaron un tercero. Unos optaron por el largo camino de la revolución y militaron sucesivamente en diversos partidos políticos de la llamada Nueva Izquierda, aquella que se separaba del viejo Partido Comunista Peruano. Otros se afirmaron en los valores tradicionales de su clase social, que había perdido su base material —así se denominaba a las propiedades de la tierra y las finanzas, a partir de la Reforma Agraria—, y su protagonismo desapareció en forma paulatina del espacio público. El tercer camino no fue recorrido y era justamente el que los preparaba para gobernar el país en las cruciales próximas tres décadas, librados ya definitivamente del pasado oligárquico y acostumbándose a un Perú capitalista y relativamente moderno. Al no hacerlo, nuevos grupos sociales se encargaron de llenar ese espacio y dieron pie, después del gobierno militar de Velasco Alvarado, a los gobiernos del APRA, del fujimorismo y de un tímido toledismo, pálido remedo de Acción Popular. Alejandro Toledo, por raro que pueda parecer, es visto cuarenta años después como la imagen de una barriada consolidada estudiada por el arquitecto y urbanista Fernando Belaunde Terry. Perú Posible, el nombre de su partido, parecía imposible a inicios del siglo XXI, cuando la dictadura de

Alberto Fujimori se preparaba sólidamente a gobernar por un tercer período consecutivo. Al no asumir el gobierno del país, quienes lo hicieron a lo largo de veinte años fueron los apristas y los fujimoristas; y, aunque parezca mentira, ambos desean volver una vez más. Los fujimoristas lo intentaron en las elecciones del 2011 y para el 2016, tanto Alan García como Keiko o Kenji Fujimori, pretenden retomar la Presidencia de la República.

CAVIARES

En los años 1965-1970, la clase media acomodada limeña dio origen a un grupo que es visto, cuarenta años después, como los “caviarés”. Muchos de esos jóvenes, hombres y mujeres, se “desclasaron” —era el lenguaje de la época— y dejaron de lado los intereses de su propia clase social para asumir las banderas de lucha del proletariado, del campesinado, en fin, de los sectores populares. Esto significaba cambiar de barrio, de amigos, alejarse de sus propias familias y llevar una vida cotidiana entre células, con alias, vinculándose a las organizaciones de base. Los denominados “caviarés” serían básicamente aquellos que provienen de la Pontificia Universidad Católica del Perú, complementados por otras dos universidades de prestigio como la Universidad Cayetano Heredia y la Universidad del Pacífico. Ellos estuvieron educados en un modelo democrático y preocupado



César Cox

A Haya de la Torre le cerraron el paso a la presidencia en 1963, pero un joven y osado Alan García logró el anhelado cargo en 1985.

por los problemas sociales. Debemos incluir también la presencia cultural en medios de gran acogida como el suplemento *El Caballo Rojo* del *Diario de Marka*. El mote, por supuesto, se lo pusieron los fujimoristas, una vez que dejó de existir realmente la izquierda, que consideraban que los “caviars” o los “cívicos” fueron, sin embargo, los que impidieron que continuaran en el poder después del año 2000. El fujimorismo tenía arraigo en los sectores populares urbanos, en aquella cultura que durante los años noventa se entendía a sí misma como ahorada y hoy, quizá, como emergente. La clase media

tradicional, en cambio, más vinculada a los valores democráticos y legales, optó por darle la espalda al fujimorismo como antes lo hizo con el gobierno militar de Velasco Alvarado, e impidió su tercer gobierno consecutivo.

El destino de los “caviars” estuvo determinado por la revolución. La revolución fue un objetivo obsesivo que descartaba cualquier otra posibilidad. Aquellos que negociaban, que pactaban, que se volvían más dúctiles, eran considerados reformistas. Ser reformista era el peor insulto de parte de un revolucionario. Creemos que ser revolucionario

no equivale a ser político. Un político es un gran negociador, alguien que pacta. Ese espacio fue descartado por un grupo significativo de jóvenes que, a pesar de recibir una esmerada educación, optaron por el camino de la revolución y no por el de la política y el gobierno.

CAVERNARIOS

Los jóvenes que se refugiaron en su clase social adinerada perdieron de vista los innumerables cambios que se produjeron en la sociedad peruana, que trataron de ser interpretados bajo rótulos como “el desborde popular” o “el otro sendero”. Los “cavernarios” se convirtieron en bichos raros, sobre todo en el extenso período que va de los años 1968 a 1990, producto de las reformas populistas del gobierno de Velasco Alvarado. Eran como los “momios” en Chile, pero los “momios”—esa derecha dura, autoritaria, dictatorial, militar, adicta a Pinochet— sí estaban en el poder por medio del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973. Aquí, en el Perú, en Lima, en ciertos barrios, los “cavernarios” eran minoría, descendientes directos de la oligarquía terrateniente y financiera que perdieron la brújula y optaron por el camino de las drogas y el actuar desarticulado de todo proyecto o visión de futuro. Podemos decir que los “cavernarios” se reciclaron con la aparición de Fujimori a partir de los años noventa, a quien denominaban graciosamente Chinochet a raíz del golpe del 5 de abril de 1992. Entendemos que esa derecha se ve a sí misma robustecida con el gobierno de Fujimori que, además, conserva un vínculo significativo con los

amplios sectores populares llevando adelante una disciplinada política populista y asistencialista.

Es interesante notar que durante la década del noventa no hay un recambio generacional importante en la izquierda peruana y sí lo hay en esta nueva derecha, fortalecida por la presencia liberal de Mario Vargas Llosa, a quien abandonan progresivamente justo por asociar liberalismo con democracia y por el hecho de haber tomado distancia de cualquier autoritarismo que apareciera en la región: Castro, Velasco, Pinochet, Fujimori, Chávez. Muchos de esos jóvenes se alinearon luego en las filas fujimoristas y algunos se mantuvieron distantes porque sus ideas liberales no congeniaban con las medidas autoritarias del fujimorismo.

Los muchachos de la clase media acomodada tuvieron una oportunidad de aprender el difícil arte de gobernar, pero se radicalizaron y abandonaron las filas de partidos como Acción Popular y la Democracia Cristiana, donde muchos de ellos militaron en un primer momento. La Democracia Cristiana, un partido propio de la clase media, disputaba el mismo territorio político de Acción Popular, pero carecía de un líder carismático como lo fue el joven arquitecto, en 1963, Fernando Belaunde Terry. Ellos eran críticos del sistema, no les gustaba el Club Nacional (hicieron un plantón en la puerta antes de 1968), pero tuvieron un líder de ceño fruncido como Héctor Cornejo Chávez y, al final, se dividieron en dos fracciones: la Democracia Cristiana, o los cuatro gatos como se les conocía en la época, socios del primer gobierno de Fernando Belaunde y del gobierno militar de 1968;

y el Partido Popular Cristiano, liderado por Luis Bedoya Reyes, una organización que siempre fue vista como la derecha de la Democracia Cristiana. En todo caso, el PPC, vivo hasta el día de hoy, no representa a los “cavernarios” en toda su dimensión, dado su respeto por las formas democráticas, pero tampoco ha llegado a ser gobierno. En Chile, en cambio, la clase media gobernó por intermedio de la Democracia Cristiana. Durante el gobierno socialista de Salvador Allende se encontraba en el límite, entre el apoyo y la crítica, para al final tomar su distancia y plegarse al golpe de Estado de 1973. La Democracia Cristiana retornó al poder, sin embargo, después del plebiscito de 1988, y ha cogobernado por medio de la Convergencia con el Partido Socialista durante más de veinte años. Nosotros, en cambio, durante la década de los noventa tuvimos a Alberto Fujimori en el poder. Esa década garantizó que la antigua derecha peruana recuperara un discurso e importantes territorios en la arena política, convirtiéndose, sin embargo, en un movimiento cada vez más autoritario, al punto de recibir de sus adversarios el mote de “bruta y ahorada”.

La Democracia Cristiana pudo haber sido un aliado más activo durante el gobierno militar que comenzó en 1968, incluso para profundizar las reformas y garantizar un mejor manejo de las libertades. La clase media le tuvo miedo a ese gobierno. El tono de sus principales representantes era altisonante, como una forma burda del machismo, todo era militar, y la Democracia Cristiana, sin experiencia popular, sin sentido del humor, con una

actitud bastante culposa en su versión cristiana, solo fue un tímido acompañante. Luego apoyó al APRA durante su primer gobierno. Alan García se rodeó, en aquella oportunidad, de algunos de los antiguos militantes del Partido Socialista Revolucionario, formado en las postrimerías del gobierno militar, como una coda, y algunos representantes sueltos de la Democracia Cristiana. Varios de ellos eran, además, compañeros de colegio.

MILITARES

El proceso de radicalización de los jóvenes de la clase media acomodada limeña se topó con un gobierno militar que ponía en práctica varias de las banderas que el Partido Aprista había ondeado en los años treinta. Hubo quienes se acercaron al gobierno militar, trabajaron en él. Hubo otros que mantuvieron su distancia. Estuvieron lejos del tradicional Partido Comunista Peruano, de la GCTP, y desde nuevas orientaciones militaron en diversos partidos que no pudieron convertirse en partidos de masas. Se encontraban en medio de los dos partidos comunistas: el Peruano, cercano a Moscú, y el del Perú, cercano a China; pero el Perú propiamente dicho, ¿dónde estuvo? El primero se diluyó en un reformismo que lo alejó de las posturas radicales y revolucionarias, y el segundo se desgranó en varias facciones hasta culminar en Sendero Luminoso, que en 1980 le inició la guerra al Estado.

Entre el gobierno militar de Velasco Alvarado y la declaración de guerra de Sendero Luminoso transcurrieron doce años. En 1980, un 17 de mayo, en un poblado de la sierra ayacuchana, se escuchó la



Velasco dividió a los jóvenes en tres: “cavernarios” de capa caída, clasemedios “miedosos” y revolucionarios que lo tildaban de reformista.

primera detonación. Sus principales líderes eran desconocidos para los políticos de la izquierda peruana radicada en Lima, y muy pocos, casi nadie, los conocía de cerca. Solo el antropólogo Carlos Iván Degregori, por haber trabajado en la Universidad de Huamanga, pudo conversar, poco, me imagino, con el profesor Abimael Guzmán. Entre dos fuegos, lejos del Partido Comunista moscovita y de la irrupción violenta del PC de Sendero Luminoso, los jóvenes de la clase media acomodada, ilustrada, universitaria, quedaron fuera de juego.

Habían llegado hasta el umbral de la lucha revolucionaria, pero no fueron capaces de dar el paso siguiente. Y eso resulta comprensible: ingresar al territorio de la lucha armada, o irse al monte, como era la expresión guerrillera de los años sesenta, requiere valor, determinación y una extraña convicción. Los “caviares” deben aceptar que el mote también alude a esa bisagra entre el izquierdista que se prepara para hacer la revolución, y el revolucionario en acción, empuñando las armas. Ese camino, lamentablemente,



El “chino” Fujimori ocupó un espacio político que le pusieron en bandeja. Ahora desea perpetuarse a través de una dinastía familiar alucinada. (Foto: Ernesto Jiménez)

fue asumido por los senderistas en 1980. Así como la derecha peruana se recicla con el fujimorismo, la izquierda peruana lo hizo por medio de la violencia senderista. No fueron lo mismo, no; pero le dejaron la posta.

Varios años antes, durante las guerrillas de los años sesenta, muchos jóvenes como ellos murieron en la selva y en los Andes peruanos. Esa historia, por más curioso que parezca, puede ser leída en un capítulo de la novela *Travesuras de la niña mala*, y la narración ocurre en París. En 1980, más bien, los jóvenes de la clase media se quedaron paralizados, titubeantes y optaron por desarrollar una lucha legal, mediante un enfrentamiento parlamentario, verbal, donde el poder reposa en la palabra y no en las armas. La figura del jacobino Javier Diez

Canseco, como lo denominaba Hugo Neira, fue la más prominente. Un jacobino, según Neira, es un revolucionario que actúa bajo el manto de las leyes.

Desencajados, desfasados, desubicados, los jóvenes revolucionarios provenientes de la clase media de Lima tienen, actualmente, entre cincuenta y setenta años de edad, y no fueron los gobernantes del Perú. Sería muy oligárquico sugerir que para ellos estaba destinado el reto de tomar las riendas del país y convertirse en sus autoridades, sus verdaderos gobernantes. Pero sí es verdad que muchos de ellos estudiaron en colegios caros, de buena calidad pedagógica, que, en principio, los preparaban para gobernar, sobre todo los centros educativos religiosos. Optar por la revolución y no por el gobierno trajo consigo la aparición de nuevos

grupos sociales que se hicieron del poder, al encontrar justamente un enorme vacío propiciado por el desorden económico y social que trajeron las reformas del gobierno militar de Velasco. Podemos decir que se trataba de una versión tragicómica del aquel juego “nadie sabe para quien trabaja”. El primero fue el Partido Aprista, que esperó largos cincuenta y cinco años para alcanzar, por fin, la Presidencia de la República. Hijo de humildes profesores de escuelas fiscales, hoy Alan García debe explicar el origen del dinero con que adquirió sus propiedades inmobiliarias. La aparición de Alberto Fujimori es aún más interesante, pues supone no solo un nuevo estilo de hacer política (sobre todo no partidaria, sin ideario, sin ideales, de formas gerenciales y sin escrúpulos) sino el surgimiento de una serie de rostros nuevos, totalmente nuevos, que no procedían de los partidos políticos tradicionales ni de las familias que, históricamente, gobernaron el Perú. Hubiese sido genial que Alberto Fujimori, Jorge Yoshiyama, Daniel Espichán o Víctor Joy Way hubiesen sido políticos probos y generosos, en comparación a lo que se denominaba los políticos tradicionales, por los cuales el electorado no votó y creó la figura del *outsider*. Hubiese sido genial que durante los años noventa la clase política del Perú se diera la mano con los nuevos y vigorosos grupos sociales que emergían en el país, no para institucionalizar una cultura de la informalidad y la impunidad, sino para crear una nueva comunidad de peruanos sin exclusiones ni discriminaciones.

En cierta medida, solo se puede explicar el triunfo de un desconocido Fujimori

sobre Mario Vargas Llosa por los cambios que se habían producido en el país a raíz del gobierno de Velasco Alvarado. La década de los ochenta es la denominada década perdida. Esa década, marcada por la presencia de Sendero Luminoso, tuvo dos gobernantes poco relevantes, Belaunde y García, para dar paso al gobierno de Alberto Fujimori en 1990 que fue, y sigue siendo, la reencarnación de una nueva derecha que involucra al empresariado, a la Iglesia y a los sectores populares urbanos. El aprismo y sobre todo el fujimorismo aprovecharon la coyuntura maravillosa que le dejaban los hijos de la oligarquía peruana y de la clase media alta: un espacio vacío donde se gobernó no solo de manera gerencial y fría, sino también populista y corrupta. Javier Diez Canseco es un personaje gravitante en toda esa época. Puede ser el equivalente de un nihilista ruso de mediados del siglo XIX. Puede ser la imagen radical de los sectores medios que no da el paso revolucionario. Puede ser la imagen del jacobino que se enfrenta a los nuevos grupos políticos cuya acción no responde a los grandes cambios del país. No es un *outsider*. No es un marginal. No lo es, incluso, cuando la izquierda carece de organización, discurso y poder. A veces es una voz solitaria. Al final, desde el parlamento, sintió la profunda soledad de las causas históricamente justas. Pero, hay que decirlo, no fue visto como un “caviar”. Fue un hombre de izquierda en un entorno de derecha, sobre todo cuando se afirma que vivimos en un mundo sin derechas ni izquierdas. ■